Periferias existenciales

Autor: Emilio Rodriguez Ascurra
contactoconemilio@gmail.com

Si tuviésemos que destacar un criterio para comprender el rumbo de un pontificado, podríamos detenernos en las expresiones que más caracterizan a los pontífices, así a Juan XXIII, el Papa del Concilio Vaticano II, lo podríamos relacionar con "cambio", aggiornamento, puesta al día; a Juan Pablo II con "paz", a Benedicto XVI con "relativismo" en su defensa de la Verdad frente a una cultura pragmática. Francisco, por su parte, ha hecho de "periferias existenciales" casi una clave hermenéutica para comprender hacia adónde va su papado y, especialmente, qué es lo que anhela para la Iglesia, hacia adónde desea no solo conducirla, sino también llevarla, acompañarla.

Claro que este término no es tan fácil de comprender, si bien a simple vista así pareciese, pues no se refiere solamente a periferias geográficas que harían referencia a los territorios del planeta que aún falta evangelizar, o a periferias sociales en la que quedarían englobadas las diferencias socioculturales de los diversos pueblos, o periferias económicas a la que se sumarían las diferencias entre quienes más tienen y aquellos que más necesitan, solo por citar algunas.

El Papa impulsa a la Iglesia a salir al encuentro del otro, a ir hacia las periferias existenciales. "Una Iglesia cerrada es una Iglesia enferma. La Iglesia debe salir de sí misma. ¿Adónde? Hacia las periferias existenciales, cualesquiera que sean, pero salir". Cabe preguntarnos: ¿es esto una novedad?, ¿qué quiere decirnos con estos términos?, ¿hacia adónde vamos? Me atrevo a decir que la simplicidad y, al mismo tiempo, la puntualidad con la que el Papa expresa cada una de sus ideas constituyen un plan de acción pastoral, nadie queda excluido, mucho menos, es este excluyente.

Nos moviliza a acercarnos a aquellos que necesitan de Jesús, quienes no lo conocen o quienes conociéndolo atraviesan diversos momentos de dificultad, es decir, nos induce a no quedar encerrados predicándonos a quienes ya estamos dentro de las estructuras parroquiales, con nuestras luces y sombras, pero adentro al fin. Me recuerda al envío misionero de Jesús a sus discípulos: "Vayan y anuncien la Buena Nueva a todas las naciones", no solo a aquellas en las que resultaría más sencillo por haber en ellas un sentir religioso ya latiente, sino también a aquellos pueblos más hostiles, más alejados.

El actuar concreto del Papa Francisco también nos ayuda a comprender a qué se refiere con "periferias existenciales", en Semana Santa, lavó los pies a menores que viven en un instituto de minoridad, visitó enfermos, se acercó a los habitantes humildes de una favela en Río de Janeiro, besa a los niños a su paso desde el papamóvil; si bien esto no es propio tan solo de él, se ha encontrado con jóvenes en proceso de recuperación de adicciones, etcétera; es decir, va más allá de los muros del templo, sin por ello descuidar el sentido sacramental y de oración de las

comunidades cristianas. Por el contrario, se ha referido, en varias oportunidades, a la importancia esencial de la vida sacramental y de oración de la Iglesia.

Pero ha dado un paso más, aquel en que nuestro querido papa emérito Benedicto XVI siempre nos insistía, el de ser testigos y testimonio en nuestra vida diaria de nuestra fe. Ir a las periferias es no dejarnos de ocupar de aquellos por quienes la Iglesia siempre ha dedicado especial atención, dato no menor es que es la institución que más centros hospitalarios, orfanatos, comedores, escuelas, etcétera, tiene en el mundo, incluso, en regiones problemáticas como África. La clave de Francisco está en no ver a nuestros hermanos necesitados como el campo de acción de nuestra labor cristiana, sino comprenderlos como un campo de santificación personal en el que contemplo en el otro su dignidad y el misterio que toda vida humana de por sí posee, y ante la que abandono mi actitud de cristiano de manual para hacer de las bienaventuranzas mi plan de vida: de oración y de acción.

Ser cristianos que caminan hacia las periferias existenciales es comprometernos, seria y responsablemente, con los que menos tienen o, dicho de otro modo, con quienes más nos necesitan: en particular, los niños y los ancianos, los extremos de la existencia, como gusta llamar el papa Francisco, sin olvidar a tantos hombres y mujeres que, aun con sus necesidades básicas satisfechas, viven vidas sin sentido, encandilados por las luces del mundo del espectáculo que nos entretienen, nos seducen y sorprenden, pero no colman nuestras expectativas más profundas ni dan respuestas a nuestros más grandes anhelos.-